

colorchecker CLASSIC



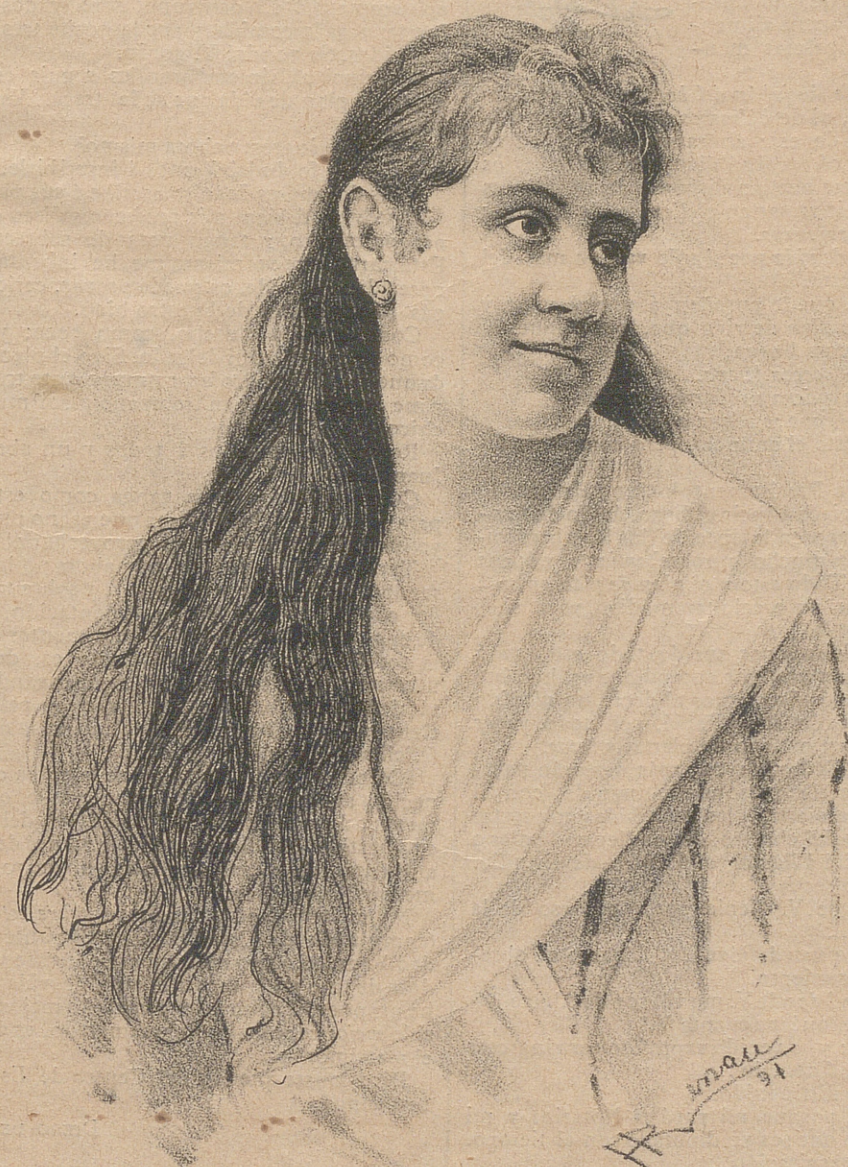
calibrite

AÑO II

BARCELONA 7 ENERO 1891

NÚM. 34

NÚMERO EXTRAORDINARIO  
**BARCELONA ALEGRE**  
10 CÉNTIMOS



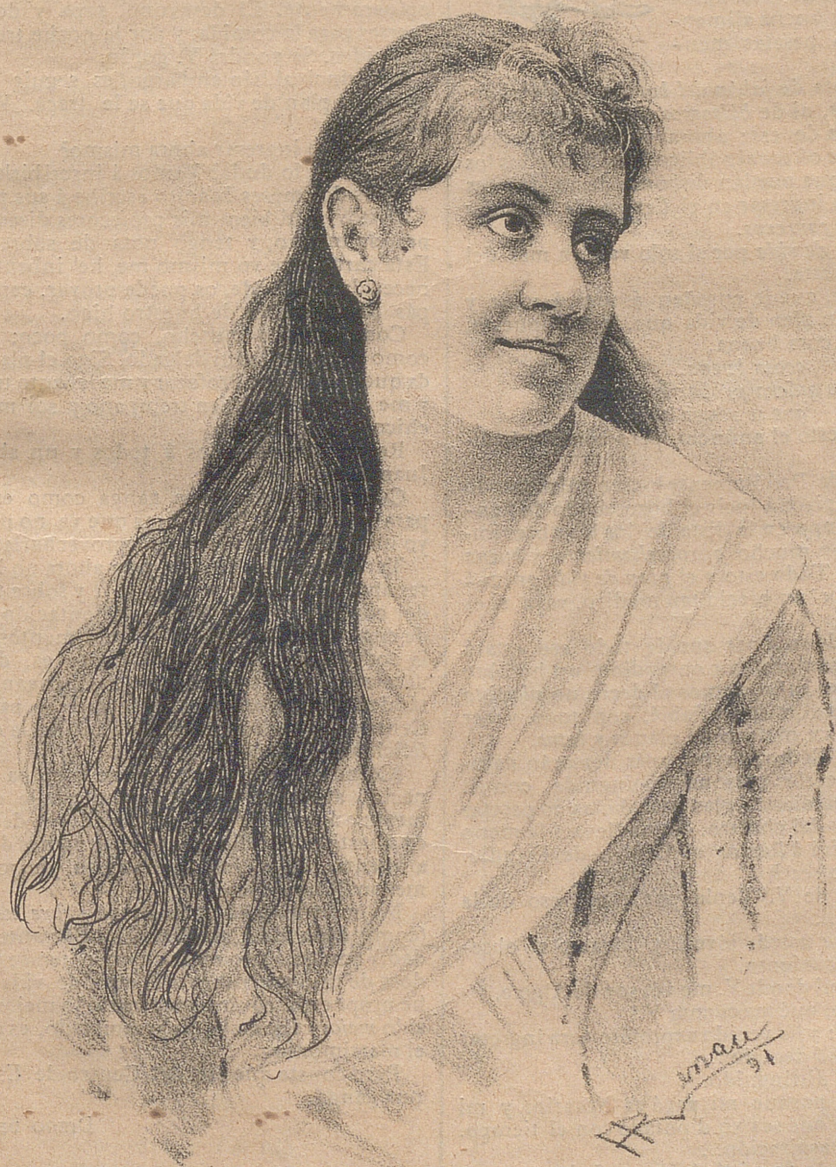
Copia fot. de M. Matorrodona

El lector cuando la vea  
dirá lo que de ella crea,  
y aunque oponga algún reparo,  
francamente lo declaro:  
para mi no hay mujer fea.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

**BARCELONA ALEGRE**

10 CÉNTIMOS



*Mall*  
91

El lector cuando la vea  
dirá lo que de ella crea,  
y aunque oponga algún reparo,  
francamente lo declaro:  
para mi no hay mujer fea.

Copia fot. de M. Matorrodona

RIOR  
a-C.  
coge.  
E  
ARIO  
pta.  
>  
>  
podrá  
Redac-  
Ramón  
STANY.  
aña.



Lo es, y de superior calidad, lo siguiente que leo en un diario madrileño.

«Recomendamos el Centro de Estudio para todas las carreras, en donde encontrarán los jóvenes plan de vida, aprovechamiento y buena alimentación por 70 pesetas mensuales.»

Ya no se trata de jabón del bombo, ni de píldoras antisépticas, ni de bálsamos más ó menos milagrosos. Nada de eso; ahora es una verdadera ganga lo que se ofrece al público juvenil, á todos los pollos felices que puedan disponer de 14 dures cada mes para ingresar en el Centro de Estudios para todas las carreras.

Lo del plan de vida por sí solo vale ya más del dinero que cuesta.

Ahí es nada, que le enseñen á uno á vivir y le indiquen un plan de vida que, por supuesto, deberá de ser cosa buena,

«cosa buena,  
el que quiera probar cosa buena  
que se venga aquí.»

No lo dice esto el anuncio, pero como si lo dijese.

¡Plan de vida! Precisamente lo esencial para todo joven que empiece á lucir el bozo, ávido de figurar con el tiempo en la lista de los hombres importantes, con mucho aprovechamiento y buena alimentación. Todo esto y el plan de vida en una sola pieza, por un precio tan módico, vaya si es una ganga.

Porque es de suponer que de todo eso estará encargado algún profesor entendido, un hombre que conozca el paño, vamos al decir, un planista que deje atrás el mismo Fabié, con todo y ser éste una joya en materia de planes y lutos.

Juanito del Cedro, cuyos papás desearán naturalmente hacerle persona distinguida, con el junquillo en la diestra y las consabidas 70 pesetas en el bolsillo del chaleco, donde llevará la mano á menudo, irá á llamar al Centro de Estudio.

—¿Qué se ofrece?

—Servidor de V. Venia por... por eso de la alimentación...

—Pase, pase usted, joven, y hágame el obsequio de tomar asiento.

—Pues, aquí donde V. me ve, soy de Algete.

—¡Hombre, qué me cuenta V.!

—Sí, señor; y he venido exprofeso para ingresar aquí en calidad de... de...

—De joven distinguido.

—Si señor, porque mi papá es Notario, y mi mamá quiere que sea yo diputado con el tiempo.

—Honrosa aspiración...

—Un cuñado de mi tío lo es por Jadraque...

—Diga V., pues, que tengo el honor de hablar con un miembro distinguido de una familia que puede llamarse respetable...

—Nos llamamos del Cedro.

—¿Del Cedro? Excelente apellido.

—Y yo me llamo Juanito...

—Juanito del Cedro, por supuesto.

—Del Cedro y del Roble.

—¡Oh, oh! Se conoce á simple vista que es V. de la madera de los grandes hombres, de los hombres de gran porvenir.

—Papá me dijo: Anda, Juanito, ve á ingresar en ese Centro de Estudio, y prepárate convenientemente.

Quiero ser abogado, y traigo... tome usted; las 70 pesetas...

—Guapo joven. Aquí estará V. como el pez en el agua; se le indicará un plan de vida, se le enseñará á ser joven aprovechado y comerá V. opíparamente. El desayuno, sopa y dos platos fuertes para la comida, y por la noche tres platos escogidos. Se pondrá V. gordo.

Lo principal, sin embargo, es seguir estrictamente el plan de vida que se le trace. Va usted á ver.

—¿Puedo ingresar ahora mismo?

—¿Quién lo duda? Vamos á inscribirle.

A los dos meses Juanito escribe á sus papás:

«Estoy muy bien, mis profesores dicen que aprendo mucho, y tengo nota de sobrecaliente. Esta carta, que yo mismo me he inventado sin necesidad de naide, os puede probar, ceridos papás, los adelantos de nuestro higo.

Como estudio mucho, como poco; y como como poco estoy muy delgado. Sigo el plan de vida que me dico el Profecor y me lebanto trepano y me aquesto tambien trepano y soi muy vuen chico, todos lo dicen.

Requerdos de todos á todos y un abrazo de, Juanito.»

Cuando pienso en una ganga como esta, digo para mi capote: Qué lástima que ya no pueda ser yo un joven auténtico para aprovecharla!

Tener un plan de vida, que ahora no lo tengo, ser aprovechado, que no lo soy, y sobre todo poder contar con una buena alimentación, en vez de engullir diariamente los condimentos que por la poderosa razón de estado, esto es, de estado... casado, he de tragar, (y gracias), pagando ó costándome cuádruple del valor que se paga en el Centro ese, sería para mí el colmo de la dicha, la felicidad en grado superlativo.

¡Cómo ha de ser! Yo no tengo la culpa de haber nacido antes de que al demonio se le ocurriese meterse á fraile, ó á esos fundadores del Centro en cuestión les diese por trazar planes de vida, y alimentar bien á los muchachos por 70 pesetas mensuales, sin pico.

No me conviene extenderme sobre este punto, (como diría un Catalina ó un Barrantes de verdad,) porque acaso mi mujer se enterase y saliéndose de tino me truncara el plan de vida que me he propuesto seguir para pasarlo lo mejor posible, si lo mejor cabe en lo malo rematado, es decir, en el matrimonio.

Pero conste que eso del Centro de Estudio es una ganga.

DIEGO DE DÍA.

GOTAS

I

Con voz gangosa y con pausado acento,  
entonaban sus cánticos las monjas,  
que los ayes de un alma moribunda  
entre hierros esclava se me antojan.

Ella, mi amada, con acento dulce  
me preguntó «¿Me adoras?»  
y entonces la distancia ví que existe  
del mundo de la luz al de las sombras.

II

Del festín en la atmósfera abrasada  
he visto perecer  
la flor dormida en el desnudo seno  
de una impura mujer.  
Así en el templo he visto marchitarse  
la purpurina flor,  
casto adorno del manto de una virgen,  
al contacto del místico vapor.

III

Quise con pasión amar  
llena el alma de candor  
y, tras de tanto soñar,  
siento gozo en suspirar  
por un amor sin amor.

IV

Fué ayer *pecado* el escepticismo,  
hoy casi es *gracia* (gracia fatal)  
y, si las cosas van de ese modo,  
será mañana *necesidad*.

V

Nunca en el mundo se acaba  
el sufrir y la inquietud,  
si es libre la esclavitud,  
y la libertad esclava.

VI

—Dame un beso....  
—No, es pecado.

—¿Es un pecado el amor?  
—¡Ay! el beso apasionado  
dejara el labio manchado  
con mancha de deshonor.

—Mi labio es virgen, Pilar,  
y el tuyo sol de limpieza,  
déjate, niña, besar  
que nunca llegó á manchar  
la pureza á la pureza.

VII

Son el encanto de mis ojos tristes  
tus bellos ojos, niña,  
¿Ignoras el por qué? Porque les dieron  
la noche su humedad, su luz al día.

SALVADOR ALBERT.

COPOS DE NIEVE

I

Te tenía en mis brazos  
nevaba á fuera  
Los extremos se tocan,  
¡Verdad más cierta!

II

A un ave muerta de frío  
Te ví contrita besar;  
Estremecióse, y piando  
El aire tornó á cruzar.

A. LLIMONER.

EPIGRAMAS

I

A Isabel

Dicen que te pintas sola  
y quien tal dice se e guía  
pues por doquier te acompaña  
tu hermoso gato de Angola,  
y aun que ofenderte no trato  
sospechas tengo Isabel,  
que te sirve de pincel  
la linda cola del Gato.

II

A un jorobado ridiculo

Eres feo y jorobado,  
mas, esto no te incomoda  
y vistes siempre á la moda  
de un modo muy estremado.  
Cuando veo tu idiotismo,  
llegar á tal presunción,  
Paco, te creo un bufón  
del tiempo del Feudalismo.

III

A un nacido

Fama á un poeta compraste  
(pues suyos dicen que son  
cuantos versos publicaste.)  
mas al hacerlo olvidaste  
de comprarle *discreción*.

José M.<sup>a</sup> Codolosa.

CUENTOS

En la mesa redonda.  
Un caballero á su vecina, una señorita román-  
tica, ofreciéndole el plato:  
—¿Comerá V. de este pescado muerto?  
—Desgraciado!—exclama la señorita alzando  
los ojos al cielo.

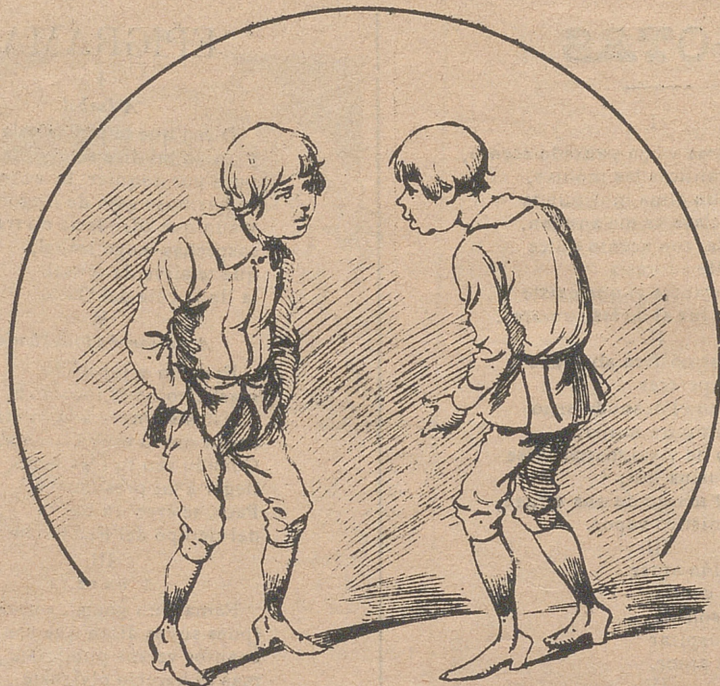
Se practica un embargo en casa de un artista.  
El escribano dictando al amanuense:  
—*Item*: Una imagen de la Virgen, conocida por  
la Venus de Milo.

¿1891?

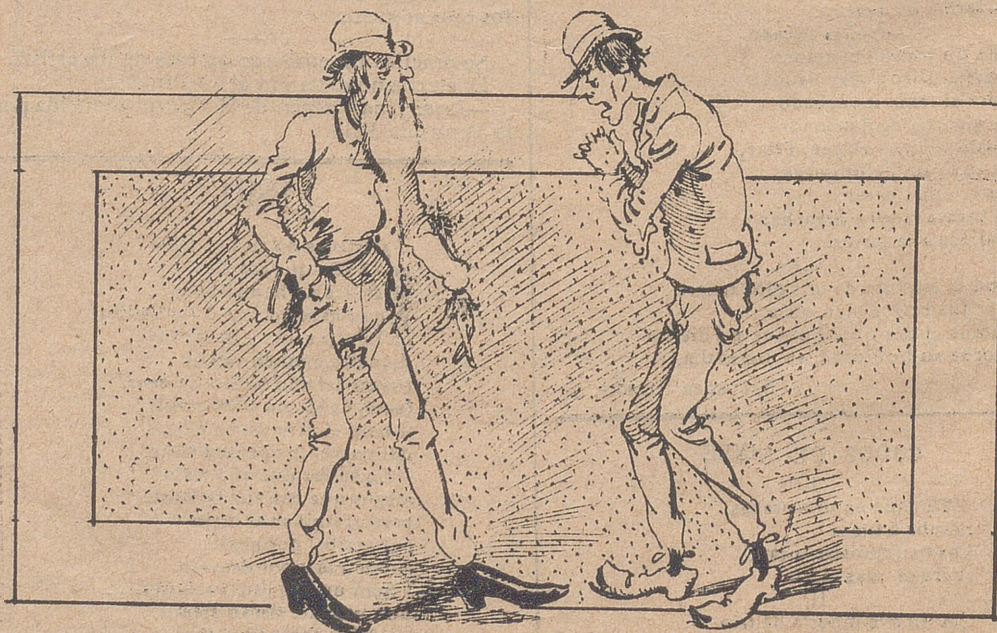
¿Ustedes no se han fijado  
en el año que empezó?  
¿Ustedes no han atinado  
por su aspecto y por su estado  
en lo que será.... Pues, yo  
fijándome mucho en el  
rostro del año hecho un *neno*,  
(seré, ya sé, un poco cruel)  
—haré el pronóstico fiel  
del porvenir que este tiene.  
En su faz este año trajo  
rasgos que dan luz bastante  
para examinar al majo  
por arriba, por abajo,  
por detrás y por delante.  
Será un año este, señores,...  
(aunque estuvieran ajenos  
á dar fé á tales rumores)  
....igual que los anteriores;  
lo mismo: ni más ni menos.

J. BARBANY.

REYES



Las de papá en el tejado  
puse, y ¿sabes qué ha ocurrido?  
que se han llevado las botas  
y que nada me han traído.



—¡Córcholis, qué gran calzado  
lleva *usted*, señor de Nido!  
—Pues hombre, subí al tejado,  
las *vide* y dije asombrado:  
¡los Reyes me lo han traído!.

REYES



—¿Por qué no puse las botas?  
¡Señora, cómo ponerlas;  
no ve usted que están tan rotas  
que no hay por dónde cogerlas?



—Si señor, usted es un escritorzuelo cursi.  
¡Alardea de republicanismo y pone V. en unos  
versos: *la reina de mi amor*.— Ea, apóstata!  
—¡Me aplastó!

## LOS PELOTARIS

LA vida en los pueblos resulta de suyo monótona y triste para quienes, acostumbrados al bullicio de las grandes poblaciones, entre otros atractivos, echan de menos teatros y cafés, paseos é hipódromos, corridas de toros, inauguración de tiendas, bailes públicos, *soirées* domésticas y una serie interminable más de diversiones, donde á su sabor y á sus anchas se explaya el espíritu. Sin embargo, así que á la modestísima existencia aldeana llega uno á acomodarse, por inclinación natural, se detesta el movimiento excesivo y la rapidez pasmosa en el curso de los hechos reinantes en la ciudad; y por propia conveniencia se prefiere el dulce reposo, la paz octaviana, el goce tranquilo, las suaves emociones asequibles en los villorrios, en las aldehuelas ó en los campos.

Cual hace ley en las sociedades la costumbre, hace por su lado la costumbre ley entre los hombres. Por algo asegura un refrán español cómo «al que no está hecho á bragas, las costuras le hacen llagas». Quien, nacido y criado al arrullo de las fuentes que corren desatadas en trenzas por las campiñas; á la sombra de los vegetales que, agitados por el céfiro, murmuran monótonos pero melodiosísimos cánticos; al abrigo de los montes cuyas faldas repercuten y remedan los sonidos y las voces, no habiendo percibido en toda su vida más música sonora que el pio de las alondras al amanecer, el chacharrear de los gorriones en los promedios del día ó la serenata del ruiseñor en las altas horas de la noche, ni escuchado otros ruidos estridentes que el golpe seco del azadón sobre el terruño, el chirriar de las carretas atestadas de productos agrícolas, el crujir del látigo ó el silbar de la honda; quien, por nacido y criado en el amplio valle ó en la encumbrada sierra, desde su niñez se ha hecho á la vida campestre y á sus naturales resonancias; en cuanto á Madrid, por ejemplo, llega, en verdad le parece haber llegado á los senos de una inmensa Babel, donde, como en la Babel antediluviana, reinase la más caótica confusión de lenguas.

Al revés, acontece lo propio á los cortesanos en cuanto por gusto ó por necesidad vanse á vivir al campo, cuyo perenne y semisepulcral, mutismo confunden con el reinante por los espacios de cualquier vastísimo cementerio. Y sin embargo, los pueblos, aun aquellos más ignorados é insignificantes, ofrécnos á la continua muchas y muy variadas diversiones. Entre otras, sin ir más lejos, aquí tenéis una, el juego de pelota.

¿No habéis visto un juego de pelota en las regiones meridionales? Nada de trinquetes, nada de cestas. La calle más larga, el brazo al desnudo, la mano liada en el guante de vaqueta, bastan y sobran á los jugadores para lucir sus dotes extraordinarias en este gran ejercicio de habilidad y fuerza.

Como en los antiguos juegos públicos de Grecia y de Roma se congregaba la muchedumbre en torno de los atletas ó de los gladiadores, cuyas proezas una modestísima guirnalda de laurel ó de olivo premiaban, en torno de nuestros jugadores de pelota se congrega el pueblo entero-

que paga con clamores entusiastas y aplausos ruidosísimos, los triunfos alcanzados sobre el adversario por los más diestros, por los más ágiles y por los más fuertes.

Así, anunciado un partido de pelota, se hace casi cuestión de orden público deshacerlo ó desbaratarlo: tanto interés despierta y tal cúmulo de sensaciones ofrece.

Sencillo como todos los primitivos juegos helenos pero con muchas variantes, al que más afición muestran los pelotaris en las regiones mediterráneas, es al conocido en su jerga con el nombre de *sacar*. En suma, tiene este juego cincuenta tantos divididos en fracciones que van ganando de quince en quince primero y de diez en diez después, aquellos que logran, sin que se la resten, mandar hasta uno cualquiera de los dos extremos cuatro veces seguidas la pelota. Mas esto acontece con dificultad, pues, por topes que sean los jugadores, siempre hay uno entre ellos lo bastante listo para devolvérsela al contrario, y cuando no en la parte arriba, hacer una raya en la parte abajo de la falta, ó sea en el límite menor que han por fuerza de tener al ser sacadas las pelotas cortas. Seguir sin perder ninguna las evoluciones de los jugadores, los botes y rebotes de la pelota, la ansiedad del público, resultaría cosa difícil, y preferimos, ya que varios mozos del pueblo van á comenzar una partida, suplicarle al lector que honre con su presencia el espectáculo.

En ella figuran como adalides contrarios Alejo, libre del servicio militar merced al gatuperio diestramente apañado por su padre, y Valentin, uno de los amigos más íntimos de Andrés, con quien desde que se ausentara sostenía asidua correspondencia.

Cuando los pelotaris ingresaron en la plaza, hallábase todo dispuesto para el juego. Al tercio próximamente del vasto cuadrilongo se había trazado la *falta*; en una de los extremos, colocándose dos mesas, algo inclinada la una para los que quisieran sacar de bote, perpendicular la otra para los que quisieran sacar de brazo; los jueces y los *chazadores*, ó sean los individuos encargados de resolver las querellas entre los pelotaris y los encargados de vocear los tantos y señalar las rayas, ocupado sus sitios; la multitud hecho sus apuestas; las ventanas y balcones llenándose de mujeres, ávidas como los hombres de presenciar el popular espectáculo.

En dos por tres quitáronse las chaquetas los pelotaris, inspeccionaron con minuciosidad el improvisado trinquete para ver si todo estaba en orden y se dispusieron á comenzar el juego. Por capricho de la suerte, cúpole á Valentin la ventaja de ser el primero en jugar la pelota, y cogiéndola nervioso entre sus manos, fuése corriendo la *saque* á dispararla. Las miradas de los contrarios volviéronse hacia él y al oír cómo gritaba para prevenirlos «juego,» contestaron al punto «venga.»

La pelota salió de manos de Valentin con el ímpetu que salen las balas del cañón de los fusiles, y dando en la pared de enfrente, volvió rebotada, sin que se la pudieran restar, hasta el sitio mismo de donde había partido. Una salva estrepitosa de aplausos ahogó casi en su garganta la voz de los *chazadores* que de trecho en trecho iban gritando:

—Quince por nada.

Tales muestras de entusiasmo no envanecieron á Valentín, y recogiendo sin alardeos del suelo la pelota, lanzóla con fuerza por vez segunda á sus contrarios, quienes, más avisados y más diligentes, pudieron cogerla al aire, y tras una brega en que se disputaron palmo á palmo unos á otros el terreno donde había de quedarse, hacer una buena raya.

Mucha confianza en su brazo debía tener Valentín, cuando al ver esto murmuró á la oreja de uno de sus camaradas, lo bastante alto para que el público lo oyese:

—Apuesto doble contra sencillo á que no me la vuelven ésta.

Y sin aguardar la contestación, botó la pelota varias veces sobre el tablero de la mesa, dió unos pasos hacia atrás, giró de arriba abajo en medio punto el brazo y la tiró terrera por entre los huecos que dejaban libres sus contrarios, con tal habilidad que éstos no pudieron, ni detenerla en su vertiginosa carrera, ni aprovechar el rebote para restarla.

La muchedumbre se deshizo las manos aplaudiendo y los *chazadores* pregonaron el estado del juego exclamando:

—Treinta por nada y raya.

Estaba visto, Valentín se llevaba de calle á sus contrarios. Como el primero y el tercero, ganó el cuarto saque y se puso á cuarenta; después, ganando la raya que estaba en descubierta, cerró el juego en cincuenta tantos. Alejo y sus camaradas bufaron de coraje al ver cómo, ni sacando ni restando, podían competir en agilidad y fuerza con Valentín.

Breve de suyo este juego, no constituye partida uno solo, sino varios en conjunto, y aquí eran seis los convenidos y señalados anticipadamente. Con la fortuna que el primero ganó Valentín el segundo, tercero, cuarto y quinto juego, é iba á comenzar el sexto cuando, picado en su amor propio, Alejo cruzó con él estas palabras:

—Si tanta confianza tienes en ganar la partida, doblemos las apuestas.

—No hay en ello inconveniente, mas con una condición—repuso Valentín.

—¿Cuál?—preguntó Alejo.

—Que has de aceptar por parte mía alguna ventaja.

—¿Quieres, tras de vencerme, humillarme?—observó con retintín el hijo del sacristán.

—En cuanto te enfunfurrñas por cualquier cosa, todo lo echas á barato. Lo que quiero es equilibrar en lo posible nuestras fuerzas.

—Y qué ventaja es la que te propones darnos?

—Poca cosa. Todas cuantas rayas hagáis.

—¿Lo has pensado bien?

—Por supuesto.

—¿Y no temes perder?

—¿Quién dijo perder á estas alturas?

—Pues andando se quita el frío.

Y aceptadas las nuevas condiciones del juego, reanudóse el partido.

Del primer voleo, Alejo á quien le tocaba sacar, coló la pelota en una de las ventanas de la casa de enfrente.

—Vengan de éstas dos ó tres más y se acabó la partida—exclamó con sorna Valentín.

—Pues si tanto te place, allá va la repetición

—repuso Alejo, ya del todo corrido y quemado.

Y al tomar carrera para darle impulso á la pe-

lota, resbaláronse sus pies y cayó de bruces en el suelo.

Movidos á compasión, algunos espectadores le ayudaron á levantarse, pero movidos á risa, los más se burlaron de él. Para unos, la caída había sido casual; para otros, intencionada. Lo cierto es que Alejo, pretextando haberse desconyuntado un brazo, se negó en redondo á terminar el partido.

La tremolina que armó el público al saber esto fué de las de padre y muy señor mio, y aunque á fin de calmar los ánimos se pagaron á prorrata las apuestas, si un nuevo incidente de imprevisto no surge, Alejo y sus compañeros hubieran tenido que sentir.

Á punto estaban unos mozos de caer sobre otros mozos y mutuamente molerse á palos las costillas, cuando de tales santas intenciones les distrajeron varios gritos de «socorro» lanzados desde una ventana de la casa del Sochantre. Como alma que lleva el diablo salió escapado Valentín hacia el lugar de la ocurrencia. Una parte del público instintivamente corrió tras él, otra parte le siguió con la vista, pero todos quedaron iguales, pues ni los unos lograron satisfacer su curiosidad, ni prestar los otros el demandado auxilio. Así las puertas como las ventanas de la casa del Sochantre estaban literalmente cerradas. Valentín, quien, vivo de genio, jamás se anduvo en chiquitas, pidió á sus compañeros que lo auparan, hasta tocar con los dedos el borde de la ventana.

Así lo hicieron éstos, y con agilidad digna de cualquier acróbata, en menos que canta un gallo, se encaramó en lo alto. Ya estaba dispuesto á hacer rodar á puñetazos por los suelos las maderas cuando, con gran sorpresa de todos, se abrieron de par en par éstas y apareció debajo de su quicio el Sochantre.

—No es mala manera de entrar en las casas la que tú tienes, perillán—dijo el padre Francisco al ver á Valentín.

—Disímule usted, señor cura, mas al oír las voces de socorro que desde aquí han partido y ver las puertas de la calle cerradas, no se me ha ocurrido otra.

—Pues has perdido el viaje, porque no necesitamos de tí para nada. Gracias á Dios no ocurre novedad ninguna en casa.

—¿Que no ocurre novedad? ¿Pero y los gritos que todos hemos oído?

—Los ha lanzado Isabel que, nerviosa como una ardilla, y perdone la comparación, se ha asustado, ¿á que no sabéis de qué?—preguntó esforzándose por reír el padre Francisco.

—¿De qué?—esclamaron varias voces.

—De una rata hallada en su paso al entrar en su habitación.

Y la gente aglomerada á la puerta de la casa del señor cura soltó el trapo á reír.

—Ven aquí, Isabel, ven aquí, pues en justo castigo á tus puerilidades y para que no repitas la escena, deseamos todos que por tu propia boca nos cuentes el lance—dijo el padre Francisco con ironía.

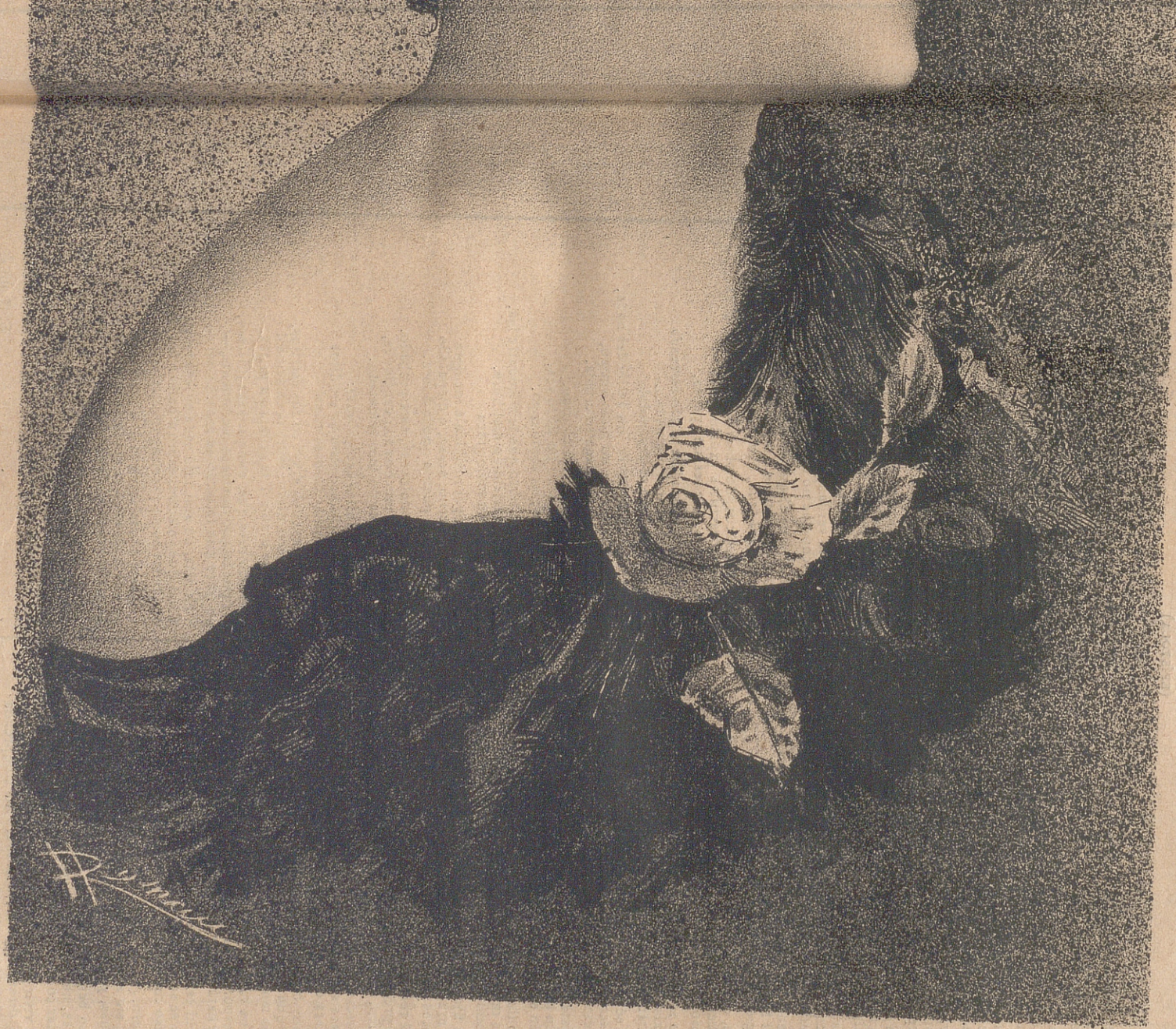
Al día siguiente escribale Valentín á Andrés estos renglones: «Si Dios no hace un milagro, presumo que te van á birlar la novia.»

GINÉS ALBEROLA.



BARCELONA ALEGRE





CABEZA DE ESTUDIO por Enrique Schlimarski.

## A ANDRÉS

(EPÍSTOLA)

II.

¡Valiente decepción la que he sufrido leyendo, Andrés, tu epístola! Me pesa el error que, al juzgarte, he padecido.

Tanto es así, que encima de la mesa tuve tu carta una porción de días; y, aunque todo lo tuyo me interesa,

y aunque más atenciones merecías, venciendo mi apatía á mi deseo se me ha pasado el tiempo en fruslerías.

Hoy, por fin, te contesto, porque veo que, si dejo de hacerlo en este instante, me expongo á que me escape otro correo.

Con que tú, tan tranquilo y tan campante te has metido á escritor... ¡Ay, pobre amigo! difícil que sigas adelante.

Iguai manía se encarnó conmigo hara cosa de un lustro, y hoy me tienes que sufro, vive Dios, el gran castigo.

¿Sientes la comezón de orlar tus sienes con el laurel que te ha de dar la fama y elogios escuchar y parabienes?...

¡Ah, chico! no comprendes bien la trama, ni sabes en qué lío te has metido con eso de los versos y del drama.

¿No sabes, por ventura, los que han ido á escalar esa cima de la gloria y, faltándoles fuerzas, se han caído?...

Ya sé que tienes fuerza, y es notoria tu discreción; negarlo, Andrés, no quiero. Mas esa fama, amigo, es ilusoria,

Fijate en un ejemplo verdadero: ¿quién no sabrá juzgar una obra de arte? ¿quién sabrá criticar á un zapatero?

No llesves la cuestión á mala parte, no es mi intención causarte malos ratos; me limito, hoy por hoy, á encaminarte.

Es fijo, y para verlo sobran datos, que muchos entendemos de poesía, y pocos entendemos de zapatos.

¡El renombre, hijo mío!... No sería cosa preciada si tan fácil fuera.

¿Quién, entonces, oh Andrés, no lo tendría?

Buscar renombre?... Ay, Dios, ¡da qué manera! si para ser bien querido y ensalzado bastara con que el docto te entendiera

muy bien. Pero además de respetado, hay que ser productivo, Andrés querido; y eso tan fácil no es para logrado.

Tus versos gustarán, te habrás lucido; y después de lucirte, ¿te parece que harás un gran papel si no has comido?

Ahí está el *quid divinum*. Acontece que se suele pagar con alabanzas; (y eso cuando de veras se merece)

pero, ¿hay quien vivir pueda de esperanzas? Tú, sin ser escritor, ya eres discreto: piensa, y verás como entenderlo alcanzas.

Lo bello, aún cuando digno de respeto, no es, no, lo productivo. Es preferible andar con el estómago repleto

á vivir hecho un ente incomprensible. Me dirás: —«Con que el sabio me comprenda me daré por contento.»— Es discutible.

Yo al revés: aunque el vulgo no lo entienda, si se venden mis libros á millares ya la gloria hallaré con la prebenda.

«Eso es prosaico», se dirá. No pares atención en que alguno tal pregone: la cuestión es vender los ejemplares.

Esto es lo justo y, por ser tal, se impone. Si el trabajo no es cosa productiva, ¿qué utilidad el escribir supone?

Pues eso es, buen Andrés, lo que motiva la lucha colosal que sostenemos: el aplauso del docto nos cautiva;

pero sabios hay pocos. Y qué haremos? Escribir para el público que paga en moneda corriente. De él comemos.

Entonces, chico, nuevo mal te amaga; y es, que dando tu nombre al vulgo entero, quedas expuesto á la temible plaga

de todo lo menguado ó majadero. Y como es la verdad, que en toda obra no hay bicho que no sepa hallar un *pero*,

pensando que el que escribe es el que cobra, verás surgir mentores á docenas que dirán: *aquí falta, ó: aquí sobra*.

Justo Dios! cuando observes ¡ay! que llenas cuartillas y cuartillas exprimiendo la inteligencia, que resiste apenas,

para estar á merced de algún *berrendo* incapaz de trazar una plumada... ¡estallaras de cólera escribiendo!

Tú, que en lo de barrer no entiendes nada, te guardarás, cual yo, mi buen amigo, de meterte en lo que haga tu criada.

Mas, ella si, se meterá contigo. Ya lo verás: en cuanto un libro vea, te lo va á criticar; tal como digo.

Tan pronto el libro que te encuentre lea, si llegas á olvidártelo en mal hora, va á preferir á tu mejor idea

cualquiera copla insípida é incolora que le haya escrito, acaso, ó disparado un patán de su pueblo que la adora.

Esto, aunque doloroso, está probado. los versos para muchos son canciones, y el que canta es un loco rematado.

Sufrirás infinitas decepciones: ¡si hasta los que se pasan de eruditos suelen disparatar en ocasiones!

Si empleas tono grave en tus escritos, los bromistas dirán: «qué pretencioso! »fuera ese tono!» Y te echarán á gritos.

Crítico tuve que, aunque asaz juicioso, —y puede que ilustrado ó eminente,— un libro mío lo tachó de soso.

Es más, no entendió nada enteramente. Y eso que yo acostumbro á hablar tan claro que hasta suelo pecar de impertinente.

Déjate de escribir!: tu don preclaro guarda Andrés en el fondo de tu alma. El ser imprevisor cuesta muy caro.

Si del martirio has de encontrar la palma dando tu nombre al vulgo, amigo mío, ¿qué mejor que vivir en santa calma y no meterte en semejante lío!

S. GOMILA.

## Un nuevo don Juan

### I.

CUANDO conocí al señor Nicerato Canutos era un hombre de treinta y nueve años, moreno, alto, gordo, orgulloso é imperativo.

Era dueño de una fábrica de corsés, que gozaba de mucha reputación en Valencia, y en ella trabajaban unas setenta muchachas, algunas de ellas bastante bien parecidas.

El señor industrial se paseaba á lo largo de sus cuadras echando miradas incendiarias á las operarias como diciendo: todo el mundo boca abajo, ó boca arriba, que yo soy el sultán de este serrallo.

Y cantaba por lo bajo con Manuel del Palacio:

«Me gustan las morenas,  
por ser morenas,  
y las rubias me gustan  
si no son feas.  
Sigo la moda,  
y digo como todos  
me gustan todas.»

Y como para él las hijas de Eva no tenían desperdicio, fueran guapas ó feas, ricas ó pobres, las perseguía á muerte como un corsario, y despedía de su celeste imperio, léase fábrica, á la que no se rendía á sus caprichos.

—Ninguna operaria mía, exclamaba en alta voz y pavoneándose muy orondo, pasará á la vicaría que primero no haya sido mía.

Pero las más de las veces la criada se le volvía respondona, cosa que ponía de muy mal humor al señor Nicerato, y echaba mano de la caja de los insultos, como antes había echado mano de la gaveta para rendir inutilmente alguna encastillada honestidad.

En la época que visité Valencia, el nombre del señor Nicerato iba en boca de todos.

Se contaba de él un lance muy chistoso, y que todas las personas decentes, con sobrada razón, lo censuraban y lo lamentaban.

Era un *limo*, y como tal de mala ley.

El pobre industrial fué por lana y salió trasquilado.

Veamos lo que pasó.

### II.

Una de las Celestinas de la fábrica, dijo al señor Canutos:

—Señor, Vicentica se casa.

—¿Cuándo?

—Dentro unos veinte días.

—Eso es muy pronto.

—Muy pronto, señor. ¿Si puedo servir en algo?...

—Vaya si servirás. Desde hoy trabajarás á su lado, y corre de tu cuenta el que caiga en el garlito, antes que visite la iglesia. Después no tiene gracia. Tengo un orgullo en ello.

—Descanse V., señor, que todo saldrá viento en popa.

—Así lo espero, pues de lo contrario, á las dos os pongo de patitas en la calle. Mis caprichos son leyes. A tu obligación.

Principió el ataque.

La plaza se resistió.

El señor Canutos principió á hacerle cocos y pellizcarle.

La chica se puso grave.

La Celestina echó mano de todos los resortes; halagos, promesas, riquezas y cuanto le vino á boca.

Vicentica callaba y trabajaba.

—Señor, dijo un día la bruja, la muchacha se ha e de pencas.

—Yo la pondré blanda como un guante, y de lo contrario, con un puntapié la pongo en medio del arroyo, como hice con Gerónima y la tuerta.

Y se fué derecho á ella.

Tomó asiento á su lado y la dijo envolviéndola con sensuales miradas.

—Escucha: chica, tú eres pobre y yo soy rico. Yo soy tu dueño y tú la esclava. Sé que te casas con un paleto, con un cualquiera, y no tienes donde caerle muerta; por lo tanto yo puedo sacarte de apuros sin que nadie se entere de ello. Te concedo cuatro días de plazo. O mía ó en brazos de la miseria. Adios.

### III.

Vicentica llegó á su casa llorando á lágrima viva.

Cuando más necesitaba del jornal para atender á sus gastos de novia, iba á quedar sin él.

La chica, expuso á sus padres y á su novio, su triste situación.

—Ea, no apurarse, dijo el amante, todo se arregiará.

—¿Pero cómo?

—Dí que te rindes; pero con la condición de que ha de amueblarte primero, el piso que hemos alquilado para después de la boda.

—¿Y si me tiende un lazo?

—Citale en el piso, lo demás corre de mi cuenta. ¿Qué facha tiene ese Escariote?

—Es alto, moreno, con los remos muy largos y con la nariz á guisa de remolacha.

—Un elefante boca arriba.

—Eso es. Tiene tanto de talla como de atrevido, insultante y repulsivo.

—Ya verás como los gigantes se convierten en enanos.

Espero que representarás al pelo tu papel.

### IV.

A la mañana siguiente Vicentica se dirigió á la fábrica.

Trabajó, calló y tembló.

A los tres días se le acercó el pirata preguntándole:

—¿Qué determinación has tomado?

—Si V. supiera guardar el secreto...

—Soy un sepulcro.

—¿Nadie se enterará de ello?...

—Ni el aire.

—Pues si me amuebla primero el piso...

—Corriente.

—Pero que mi novio... ni nadie...

—Aleja todo temor. Mañana por la mañana, estarás en el piso para recibir los muebles, y á las once...

Y Vicentica le dió las señas de la calle, del piso y del número de ella.

### V.

Don Canutos cumplió su palabra.

A las nueve de la mañana el carro de mudanzas trasladaba los muebles á casa de la muchacha, que de pié en el balcón de su entresuelo parecía aguardarlos con impaciencia.

Los muebles fueron introducidos en el piso y diez minutos después cargados de nuevo y llevados Dios sabe dónde.

Dieron las once.

El industrial, loco y ufano, llamó á la puerta del piso, que fué abierta por la novia y abrazóla de buenas á primeras.

La mucnacha cerró la puerta preguntándole muy récio:

—¿Que quiere V. de mí, alma de cántaro?

—Tus hecnuras.

—Pues ahí las tiene V., gritó el novio saliendo de su escondite y apalcándole de lo lindo.

El pobre diablo salió disparado como un rayo por el balcón del entresuelo y sin darse cuenta de lo que le sucedía.

Guardó doce días cama. Todo su cuerpo era un cardenal.

Pero por eso no se enmendó.

Pocos días después supo que se casaba otra operaria, que era picada de viruelas y también le puso un sitio en toda regla.

¡No habrá otro don Nicerato en toda la ciudad!

DOS APARTES



EL.—(Algo demuestra la carantoña.)  
ELLA.—(A ver si pesco el vestido aquel.)  
Mujer gazmoña,  
marido infiel.



Nada, en Europa están en auge las monarquías. Démoslas, pues, con los reyes. El negro, el blanco, el otro...

Anda, y qué bien me va saliendo el cuadro. Se lo ofrezco luego á don Práxedes Mateo, él que es tan amante de estas cosas, lo compra, me elogia la pñensa, se entera mi novia... y andando. ¡Carrera hecha, y que rabie Cánovas!

## ¡PEPE!

PEPE es un joven de tan buena índole y tan extremadamente compasivo, que no quiere cortarse las uñas por temor de hacerlas daño; y un día que se tragó una mosca, estuvo titubeando entre ponerse de luto ó encargarse de la educación de las mosquitas huérfanas.

¡Y qué desgraciado es Pepe!

Vino á Madrid á ver si le empleaban, y el pobre no posee más empleo que el de pupilo en casa de doña Remedios, una patrona que tiene un lobanillo sobre la ceja derecha, tamaño como una petaca, y se intitula viuda de uno que salió fiador de otro y le dejaron sin nada absolutamente, y entonces él fué y se murió en un momento, de puro honrado que era, y ella se metió á tener un caballero ó dos «sin ser casa de huéspedes.»

Pepe tiene dos ideas fijas que le agobian, dos enemigos íntimos que van minando su existencia poco á poco: la falta de empleo y la carne estofada que le pone doña Remedios para almórzar todos los días invariablemente. Ni puede avenirse con la idea de estar cesante, ni se convence de que aquello es carne natural estofada.

Las desgracias de Pepe no son para referidas en un mísero artículo. Necesitaríamos un tomo como el *Cronicon* de Huelin ó una poesía como las de Balguer, que se miden por kilómetros y decálitros, dada su longitud y profundidad.

Basta consignar para nuestro propósito, que Pepe quiso una noche abrazar á la criada, para ver si se distraía, y la esperó en el pasillo, trémulo de emoción. No tardó en aparecer el objeto de sus ansias, y Pepe estampó un sonoro beso en la mejilla de la inocente joven; pero unas manos de hierro aprisionaron el cuello del seductor.

Aquellas manos no eran las de la doméstica.

Pepe, engañado por la oscuridad, había besado á un maquinista del ferro-carril del Norte, que estaba de huésped en casa de doña Remedios. El maquinista, celoso de su virtud, quiso matarlo en aquel punto y hora; pero se contentó con coger á Pepe y arrojarlo sobre doña Remedios, que era toda ella un manajo de huesos fósiles en punta.

Otro día se tragó una pastilla de jabón de almendras, creyendo que era turrón de Alicante, y en poco estuvo que no le hincara el diente á un feto que doña Remedios conservaba en espíritu de vino como testimonio de sus pasadas dichas, y que él suponía un melocotón en aguardiente.

Otra noche en que Pepe entró en casa más tarde que de costumbre, se introdujo por equivocación en una alcoba que no era la suya, y después de desnudarse á oscuras, porque doña Remedios era la economía personificada, se metió en la cama con un canónigo de Sigüenza que dormía á bofetada limpia.

Harto de desdichas, quiso buscar la muerte, y se leyó el *Viaje alrededor del mundo*, de Tárrego; pero sólo consiguió que le saliera una erupción maligna por todo el cuerpo.

Entonces determinó comerse cruda una onza de chocolate de á peseta, y le llevaron á la Casa de Socorro medio muerto; pero el médico le amenazó con que iba á venir un tenor de zarzuela á cantarle cualquier cosilla, y se levantó echando demonios. Ello fué que no se murió; antes bien el Ministro le puso una cara ofreciéndole colocarle en la primera vacante.

Por entonces le cortaron el lobanillo á doña Remedios, y Pepe no quiso pasar al otro mundo sin ver en qué quedaba lo del empleo y lo del lobanillo.

—Debe V. hacerle un buen regalo al Ministro para que no olvide su promesa, le dijo el canónigo.

Y Pepe, después de recorrer todos los escaparates de la villa, compró una petaca de piel de congrio, última novedad, encerrada en un estuche de terciopelo.

Doña Remedios, el maquinista, el cura y la do-

méstica alabaron la compra, y á Pepe se le caía la baba, porque era la primera vez que había hecho las cosas á derechas.

Todo era júbilo aquel día; la patrona despojada ya de la excrecencia carnosa, había adquirido una dulzura de carácter poco común en el gremio de señoras que «admiten un caballero ó dos.»

El lobanillo estaba allí sobre la mesa, silencioso místico, como si tuviera corazón para sentir la ausencia de aquella faz donde había residido tantos años.

Pepe cerró el estuche que contenía la petaca, después de envolver ésta en finísimo papel de seda, y fué entregar el regalo al portero de su excelencia, acompañado de la siguiente carta:

«Señor Ministro: Es tan grande mi gratitud por la promesa que V. E. se ha servido hacerme, que no veo medio de expresarla. Acepte V. E. ese insignificante obsequio de su respetuoso servidor que b. s. m.—José Velutina.

Al día siguiente, Pepe se fué á ver al Ministro.

—Pase usted, le dijo el portero sonriendo.

Y Pepe entró lleno de júbilo.

—Señor, mi gratitud... dijo al ver á su excelencia.

—¿Cómo se llama usted? preguntó el alto funcionario.

—José Velutina, natural de Caspe.

¡Zás! hizo la pierna derecha del Ministro al chocar contra los faldones de la levita de Pepe...

Desde allí le llevaron á la casa de huéspedes más muerto que vivo.

—¿Qué ha pasado? le preguntó el canónigo al verle así.

—¡Que, en vez de la petaca, contestó Pepe llorando, he remitido al Ministro el lobanillo de doña Remedios!

LUIS TABOADA

## CANTARES

El cielo y bosque se miran  
del claro arroyo en las linfas;  
para mi no hay otro espejo  
que el cristal de tus pupilas.

De tu aliento al beso impuro  
murió una flor deshojada;  
era su aroma mi vida  
y su nombre la esperanza.

Las tempestades del cielo  
lluvia abundante derraman;  
del alma las tempestades  
hacen verter muchas lágrimas.

En el fondo de los mares  
crece el hermoso coral;  
á mi ese de tus labios  
me gusta más que el del mar.

FRANCISCO DE A. MARULL.

## Anécdota

Solita llora y pateo, porque le duele una muela.

—Vamos, hijita—le dice su tía.—No te desesperes, que ya se te pasará.

—¡Qué me ha de pasar!—responde la chiquilla más irritada.—¿Crees que puedo dejarme las muelas como tú, sobre el mármol de la consola?

# CANTÁRIDAS

Cuando ya iban impresos más de mil ejemplares de nuestro número anterior, nos fijámos en dos erratas notables. En el *perfil* de don Narciso Oller hay un verso que dice: «es un estilo trasparente,» debiendo decir: «es su estilo trasparente. En la sección de *Cantáridas* aparece un *frespicuo* que debe ser *perspicuo*.

Claro que el buen sentido de los lectores habrá subsanado esas faltas; pero conviene hacerlo constar porque hay mucho *dengue* por ahí que goza yendo á caza de distracciones por el estilo.

Que conste, pues, para aquellos que les haya tocado en suerte uno de los números en cuestión.

Entre el señor Arimón, ilustrado redactor de *El Liberal*, Pina y Domínguez y Mario (hijo) se ha suscitado una polémica sobre el *plagio* la *originalidad*, etc. etc., en las obras dramáticas.

Pina o *pina* que al decir de una obra que está *escrita por don Fulano de Tal*, no se dá á entender que sea *original* del mismo. Porque no se dice tal cosa.

Claro, en eso está Pina en lo justo. Lo uno no es lo otro. Como el decir: *¡canastos!* no es lo mismo que decir: *¡zambomba!*

A pesar de que pueden aplicarse indistintamente á un mismo fin, cual es demostrar asombro grande por cualquiera cosa.

¡Pobre don Joaquin Arimón! Ya le ha caído que hacer con ese *Audet Solsona* del arte dramático!

Y sigue la *tontainanunciomanía* en *crescendo*.

Leo:

«Gabriela Bompard se ha curado una afección á la garganta tomando el *bálsamo Fernoline*.»

Esto es género salvaje puro.

Ningún periódico serio debiera insertar tales anuncios.

Que más que anuncios son sandeces.

¡Aviados estamos con semejantes *fanaceas!*

Castelar ha reñido con Sagasta.

El tribuno elocuente se ha desengañado. Con don Práxedes no se vá á ninguna parte.

Pero ¡qué lástima de tiempo perdido!

La cabra tira al monte, y Sagasta es una *cabra* aferrada siempre á la suya.

No será nunca demócrata de verdad, porque en cuestiones de democracia es un verdadero niño.

Y el que con niños se acuesta....

Los señores diputados gozan de la franquicia de correos. Y la *franquicia* otorgada á los mismos viene á costar 1750 pesetas diarias.

¡Anda con Dios! Los señoritos del montón é individuos de la *vernocracia* deberán de escribir lo menos veinte epístolas á la novia todos los días.

Para eso sirven en este país bendito los *grandes* hombres.

Un *quidam* cualquiera le cuesta á la nación un capital.

Y así anda todo.

Los franceses la han dado en llamar al remedio del doctor Koch una *Koch... inerie*.

Para mí, eso ya es más que *humorismo*.

Parece algo así como *tonterismo*. Porque no creo

que tal deban tratarse los descubrimientos é intenciones de los hombres de ciencia.

¿C' est vrai?

¿Cómo está lo de Canut?

¡Qui jemega ja ha rebut!

En Milán hay un maestro que enseña á sus discípulos el siguiente Padre nuestro:

«Padre nuestro que estais en los cielos, hacedme amar á la patria más que á mi mismo y á la libertad más que á la patria, porque la patria sin libertad es una fosa profunda para recibir los cadáveres de las gentes que no merecian haber nacido. Yo os suplico que hagais amar la virtud, por que sin ser virtuoso no se puede amar la patria y la libertad. Despues hacedme amar. Señor, á mi padre y á mi madre, no solo por la vida que ellos me han dado, sino porque ellos me enseñaron á vivir libre sobre la tierra que vos habeis creado. ¡Oh! haced que mis padres me acompañen largo tiempo en este viaje mortal, y puesto que de ordinario la naturaleza quiere que los hijos sobrevivan á sus padres, que ellos se adormezcan llenos de dicha, como el viajero fatigado bajo los plátanos acariciados por la brisa de la noche. Y despues hacedme amar una mujer que se parezca á mi madre, y dadme hijos en los cuales yo vuelva á ver la cara y dulce imágen de mi padre. Pero si la patria no es libre, entonces, ¡Oh Señor! recordadme que el águila rehusa procrear hijos, para que no sean tambien esclavos.»

¡Amen!

Una noticia:

«Dícese que el señor Romero Robledo gestionará la libertad de Pepe el Huevero.»

Bien. Don Paco podrá no desear la libertad para el país, pero si para ese respetabilísimo *Pepe*, una buena persona.

¡Viva la libertad! clamen ufanos  
los curros reformistas, caballeros,  
y júntense las manos  
de tirios y trovanos;  
es decir, de *pollistas* y *hueveros*.

El cura de Chinchón ha organizado una cofradía de jóvenes en la que no se admiten más que á las puras, castas y honestas.

Buen *chinche* será el curica de Chinchón!

Cuando él admita alguna joven en su *serrallo* deberá tener la seguridad de que reúne las condiciones de pureza, etc.

Y ¿cómo lo vá á saber?

Ahí esta el busilis.

¡Picarón!

No nos es posible publicar hoy el *perfil* de don Apeles Mestres por faltarnos el grabado. Irá en el número próximo, y ustedes perdonen.

Próxima la temporada de los bailes de máscaras, recomendamos el gran surtido de cromos propios para programas é invitaciones que posee la *Litografía Barcelonesa*, de Ribera y Estany, (San Ramón, 5.)

Además del buen gusto y perfección, los precios son reducidísimos.

Y conste que no es aquello del *jabón del Congo*.





Quando veo á ustedes,  
señoritos míos,  
me parece imposible que el cielo  
crie tales tipos.

ROMPE GABEZAS

CHARADA

Es prima-dos-tercera  
muy buen tejido,  
y sin la prima-cuarta  
no sé es marido;  
gastas de prima-tercia  
¡muchas al año!  
y produce mi todo  
con fuerza... ¡daño!

RAMÓN OJEDA LÓPEZ.

II.

¡Todo! dijo Una-tres,  
muy convencida.  
—Pincha tanto dos-tercia  
como dos-primá.

M. SELLAV.

CALIENTA CASCOS

Aña Alio

Paris.

Formar con estas letras debidamen-  
te combinadas el título de un drama  
castellano.

J. APULÉ.

FUGA DE CONSONANTES

. e . a . í a . a . a . a . o .  
. ue . o . a . e . a . í . e . e . e . a .  
. i . o . a . a . u . o . a . í a .  
. e . e . o . í . e . e . s . u . a .

M. EMULAP.

TERCIO DE SÍLABAS

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Sustituir los puntos por letras de  
modo que leído vertical y horizontal-  
mente dé por resultado: 1.ª línea:  
Nombre de varón; 2.ª: Nombre de mujer;  
3.ª: Ciudad española.

RAMIRO BALCELLS.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9—Nombre de mujer.
- 7 3 2 3 6 8 9 2—Chocolate afamado.
- 1 4 9 6 7 8 9—Nación Europea.
- 7 9 6 7 9 6—Baile.
- 6 5 4 3 6—Emperador romano.
- 2 5 3 6—Cuadrúpedo.
- 3 4 3—Mineral.
- 4 5—Nota musical.
- 1—Consonante.

UN A. VENDRELLENSE.

SOLUCIONES

A LO INSERTADO EN EL NÚMERO ANTERIOR

Charada I.—Li-ri-o.

» II.—Ce-re-za.

Tercio de sílabas.—CO LO MA.  
LO LI TA.  
MA TA RO.

Fuga de vocales.—

El cabo Sánchez tenía  
un estómago tan ancho  
que de una vez se comía  
treinta cazuelas de rancho  
y apenas vivir podía.

Logogrifo numérico.—Cristobal.

Calienta cascos.—La dama de las Came-  
lias.

BARCELONA ALEGRE

PERIÓDICO VESTIDO, ILUSTRADO Y LITERARIO

Precios de suscripción

España y Portugal, trimestre. . . 1 pta.  
Cuba y Puerto Rico, id. . . . . 2 »  
Extranjero, id. . . . . 250 »

NOTA.—Toda reclamación podrá  
dirigirse á la Administración y Redac-  
ción del periódico, calle de San Ramón,  
n.º 5. LITOGRAFÍA DE RIBERA Y ESTANY.

Lit. Barcelonesa, S. Ramón, 5.—Barña.